

A UN CAMIONERO

A ti, que me enseñas cuando no sé.
A ti, que me envuelves en tu fiel cobijo cuando lo necesito.
A ti, alma gemela.
A ti va este poema.

Si a salvo estuvieras.
Si la muerte dejara de acosar tu senda.
Si no tuvieras que arriesgar tu aliento cada vez que marchas.
Si no temiera no volver a estar entre tus brazos.

Dime, ¿qué me queda si tú no estás?
Dime, ¿Qué haré si te vas?
Dime, ¿Cómo respiro si el miedo mis sentidos oprime?
Dime, ¿Cómo actúo si sé que en esta guerra pelear por ti no puedo?

¿Quién me va a levantar cuando caiga, si no tú?
¿Quién va a quererme de esa forma, si no tú?
¿Quién me enseñará a valorarme, si no tú?
¿Quién cantará a mi oído en el silencio, si no tú?

Por ahí vuela.
Escondido entre sombras.
Escondido entre el frío asfalto sollozante.
Insurgente monstruo de tinieblas.

Por ahí va también ella,
vestida de azabache y de tul su velo.
Susurrando entre almas inocentes que, en un último suspiro,
lloran aquel te quiero que sus labios no dijeron.

Pero yo solo pienso,
¿Qué haría yo si te llega a exhalar ese monstruo al oído?
¿Qué haría yo si su silenciosa voz de marfil y plata te robara a gritos de mi lado?
¿Qué hago yo si te pierdo?

Corre ahora, raudo y veloz.
No seas un náufrago más del cielo.
Escapa de las garras de la muerte.
Escapa de las garras de su ahora fiel compañero.
Porque vivir sin ti yo no puedo.

Papá, te quiero.

Patricia Lovillo Orozco

LA VIDA ES BELLA

Érasede una vez una princesa encerrada en lo alto de una gran torre. Muchos dirían que parecía la mismísima Rapunzel, pero quien diga eso, está profundamente equivocado.

Esta princesa no tenía ni los cabellos tan largos, ni los pies descalzos. Tampoco tenía una madrastra malvada y ni mucho menos un príncipe al que esperar para poder ser salvada.

La princesa, día y noche aguardaba expectante en su ventanal esperando algo más que un príncipe en corcel.

Suspiraba por un cambio, anhelaba una noticia y esperaba casi un milagro, un anuncio, una serie de palabras que la hicieran salir por fin, de esa enorme y alta torre. Mas los días se alargaban, las horas, cada vez, transcurrían más y más lentamente y el tiempo parecía no pasar nunca y eso solo causaba la desesperación de la pobre princesa quien tan solo suspiraba y suspiraba.

Pero ¿Qué clase de mal se atentaba contra la princesa? ¿Qué clase de ser maligno le impedía salir de aquella cárcel? Pues no era ni un ogro, ni un duende travieso, tampoco era una madrastra malvada. Y es que la acechaba un ser que no entendía de ricos o de pobres, de crueles o buenos, de justos o de injustos. Se trataba de un ser diminuto, pero tan peligroso y malévolo que un simple roce, una simple caricia, un beso rápido, un abrazo lento... podía provocar las más terribles consecuencias. ¿Qué clase de ser maligno aprovechaba el amor para manifestarse y causar estragos? ¿Qué clase de criatura impide a los amantes verse y suspirar entre besos y abrazos?

La princesa, hubiera deseado estar en la piel de Rapunzel, seguro que así hubiera sabido qué hacer, pero en su situación, solo le quedaba esperar en silencio, acallar su voz y no quejarse y es que esta batalla no le pertenecía. Lo único que podía hacer era mirar al cielo y desear con todas sus fuerzas que el tiempo transcurriera más deprisa.

A veces cerraba los ojos e imaginaba la cálida sensación del sol rozando su piel. Amaba el mar, y por eso, la mayoría del tiempo se imaginaba rodeada de agua y arena. Necesitaba sentir las pulsaciones de su corazón latiendo a mil por hora, sintiéndose viva. Suspiraba por los besos de su amado que se encontraba en el más lejano horizonte y esperaba que el tiempo pasara para sanar y construir, porque al fin y al cabo... el tiempo todo lo cura ¿verdad?

La princesa observaba desde su ventanal cómo su mundo se había paralizado en todos los sentidos.

Las aves se habían detenido en el firmamento mientras batían sus alas y los caballos se habían quedado congelados en el tiempo mientras pastaban.

El mundo se había derrumbado de un día para otro y todo lo que ella conocía, había pasado a ser cosa del pasado.

El rey corría de un lado para otro en su enorme castillo encerrado y el pueblo tan solo esperaba y anhelaba una sola buena noticia, pero sus plegarias no siempre eran contestadas y los mensajeros tan solo portaban noticias nefastas. Por otro lado, los guerreros luchaban sin descanso en los campos de batalla contra ese enemigo mortífero.

A algunos se les rompía el escudo en mil pedazos y otros, perecían como héroes en el campo de batalla siendo un espectáculo para los cuervos.

La princesa podía ver al reino entero desde lo alto de su torre. Por un lado, veía el campo de batalla plagado de un manto blanco de nieve y gotas rojas de sangre, a tan solo unos metros de distancia, se podía ver a los aldeanos mirando desde sus ventanas la escena aterrados.

La desdichada muchacha podía apreciar cómo el rey se rascaba la nuca pensativo y escribía nervioso en sus escritos, y entre sendero y sendero, los mensajeros iban y venían con suministros y noticias para la población. Anhelar, esperar, miedo, inestabilidad... Esas palabras se encontraban en la mente de cada uno de los presentes.

La princesa creía que el enemigo había conseguido algo casi asombroso en la historia del reino y es que por primera vez, todos tenían las mismas preocupaciones, la misma incertidumbre, el mismo sentimiento agrio de querer huir y escapar de todo eso. Por primera vez, el pueblo había conseguido echar de menos las cosas simples como la calidez del sol o la sensación del aire al respirar, el sonido del mar, las risas en las callejuelas... Sentimientos, sonidos y sensaciones que sin ellos, la vida sería mucho más cruel y agria.

—Por primera vez, había tiempo de pensar, de meditar y valorar aquello que sin saberlo, es necesario para nuestra felicidad, nuestro bienestar y nuestra vida. —Suspiró la princesa. —Ha hecho falta un enemigo monstruoso y cruel para que todos nos diéramos cuenta de lo maravillosas que son aquellas pequeñas cosas que nos hacen reír, que nos hacen enfadar, aquellas personas que sin ellas no seríamos nada y todos esos diminutos gestos que provocan miles de sensaciones en un breve, pero valioso instante.

La vida es bella, pero nos ha hecho falta una cárcel llamada hogar y un malvado enemigo mortífero que no entiende ni de edades, ni de posiciones sociales para que nos demos cuenta de ello. — Pensó en voz alta la princesa mientras miraba el horizonte inundado de luz crepuscular.

Esperaría poder volver a sentir todo aquello que le hacía feliz, esperaría para amar y demostrar amor con palabras, abrazos y besos y es que prometió a la luna y a las estrellas, que nunca jamás olvidaría la belleza de la vida y de sus maravillosas sensaciones.

La vida es bella y por ello, haría todo lo posible por vivirla y apreciar las pequeñas y esenciales cosas que ofrece.

Miriam Vázquez Barroso

LAS DOS AMAS DE CASA.

Dos amas de casa intercambiaban ideas acerca de sus matrimonios:

-Yo no quiero que me agradezca cocinarle todos los días o mantener la casa limpia- dijo la primera ama de casa- es mi obligación.

-Así como dice la biblia, la mujer se debe a su esposo en cuerpo y alma- dijo la segunda ama de casa- la grandeza de un matrimonio se medirá tanto en nuestra la sumisión ofrecida como en su numerosa descendencia.

Por un instante la segunda ama de casa volcó su mirada en la primera fijamente con cierta aprobación y murmuró:

-¡Ha sido la voluntad del señor! La obligación de un matrimonio es dar hijos al servicio de Dios.

Y terminando la primera ama de casa de hincar el cuchillo en el pecho de su marido por octava vez propuso al siguiente candidato, con quien si pudiese tener hijos y fuese un verdadero cristiano así como lo era ella.

-Los cuellos de las camisas tienen que quedar bien planchados con las líneas de las mangas bien definidas, sino la paliza recibida será bien merecida - dijo la segunda ama de casa- además

Alejandra Medina Casanueva